

AMISTAD Y FILOSOFÍA: A. DE RIEVAULX

Friendship and Philosophy: A. of Rievaulx

César Raña Dafonte

Universidad de Santiago de Compostela

RESUMEN

Este artículo se centra en el tema amistad y filosofía en el escritor del siglo XII, Aelred de Rievaulx. Para ello fue conveniente una alusión especial a Cicerón y al Cristianismo. También se hace mención de Platón, Aristóteles, San Jerónimo y San Agustín.

Palabras clave: Amistad, Aelred de Rievaulx, Cristianismo, Platón, Aristóteles, Cicerón.

ABSTRACT

This article focuses on the theme friendship and philosophy in the twelfth century writer, Aelred of Rievaulx. In order to analyze the issue, it was especially convenient to allude to Cicero and Christianity. Plato, Aristotle, St. Jerome and St. Augustine are also mentioned.

Key words: Friendship, Aelred of Rievaulx, Christianity, Plato, Aristotle, Cicero.

«La amistad es lo más necesario para la vida»
(Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, Lib.VIII, cap. 1; 1155a 3)

INTRODUCCIÓN

El egoísmo y el altruismo son dos pulsiones naturales en todos los seres humanos. El primero es la raíz última de las aversiones y hostilidades, así como el segundo lo es de la simpatía y benevolencia. San Agustín, en su excepcional obra *La ciudad de Dios*, analiza con sutileza esas dos bases de la convivencia humana y, bajo el lema «dos amores han dado lugar a dos ciudades» (*Fecerunt itaque civitates duas amores duo*),¹ hace ver cómo el devenir de la humanidad se debe en última instancia al egoísmo y al altruismo, siendo el primero la raíz de todos los males de la historia humana, así como el segundo es la raíz de todo lo bello y grandioso. En esta bifronte posibilidad está el fundamento de la amistad y el odio. La grandeza del ser humano está, principalmente, en que puede con su libre decisión y con su esfuerzo conseguir la parte positiva del dilema: la amistad. Tal vez sea la tarea más hermosa que pueden proponerse los seres humanos y, sin duda, la más gratificante.

Dado que la amistad es patrimonio de la humanidad, desde que hay seres humanos sobre la tierra existe tal vivencia. Podríamos rastrear paradigmas de amistad desde los tiempos más

1 Libro 14, cap. 28 (PL, 41, 436). Las siglas PL se refieren a la Patrología Latina de J. P. Migne.

remotos hasta nuestros días. Por supuesto que también los hay de lo contrario, de la enemistad. Pero en lo sucesivo vamos a centrarnos exclusivamente en la primera de las opciones. Como advertencia previa he de decir que no voy a presentar casos o ejemplos concretos, sino reflexiones teóricas sobre el hecho de la amistad. Para ello analizaré algunos pasos (muy pocos) del pensamiento filosófico sobre tan apasionante tema. Concretando el camino a recorrer: tomaré como reflexiones típicas el tratado sobre la amistad de Cicerón y otro, menos conocido pero significativo, de un monje del siglo XII llamado Aelred de Rievaulx. Para captar el auténtico significado de estas dos aportaciones son imprescindibles las ideas platónicas y aristotélicas sobre el tema, así como la aportación del Cristianismo; por ello subrayaré las ideas requeridas con la mayor brevedad.

1. LA AMISTAD EN PLATÓN Y ARISTÓTELES

Unas representativas palabras de Sócrates pueden servirnos de precedente para comprender la aportación de Platón y Aristóteles: «Contéstame, Menéxeno, a lo que te pregunto. Hay algo que deseo desde niño, como otros desean otras cosas. Quién desea tener caballos, quién perros, quién oro, quién honores. A mí, sin embargo, estas cosas me dejan frío, no así el tener amigos, cosa que me apasiona; y tener un buen amigo me gustaría más que la mejor codorniz del mundo o el mejor gallo, e incluso, por Zeus, más que el mejor caballo, que el mejor perro. Y creo, por el perro, que preferiría, con mucho, tener un compañero, a todo el oro de Darío. ¡Tan amigo de los amigos soy! Viendoos a vosotros, a ti y a Lisis, me asombro, y os felicito porque, tan jóvenes, habéis llegado a poseer tal don, de una manera rápida y sencilla. Has logrado rápida y fácilmente que él sea tu amigo y tú, el suyo. Pero yo estoy tan lejos de tal cosa que no sé de qué modo se hace uno amigo de otro. Por ello, dada tu experiencia, quisiera preguntarte sobre todo esto».² La ironía socrática no puede ser más manifiesta. Platón, fiel a su maestro, igual que su discípulo Aristóteles, meditará atenta y reiteradamente acerca de la amistad (*Philia*).

1.1. La reflexión platónica

Platón distingue el amor (*Érôs*) de la amistad (*Philia*). Al tema del amor le dedica dos diálogos de madurez: *Fedro* y *Banquete*. A la amistad le dedica un interesante diálogo de juventud: *Lisis*. Prescindo del tema del amor y me centro en el de la amistad, exclusivamente, dado el objetivo que nos hemos propuesto. Por lo cual escucharemos lo que se nos dice en el *Lisis*. Lo excepcional de la obra reside, precisamente, en ser el primer documento literario en el que se lleva a cabo una investigación sobre la amistad, en la cual se elaboran y superan algunas ideas tradicionales en Grecia sobre ella. En efecto, el pueblo griego identificó muchas veces amistad y utilidad. Se necesitará la reflexión socrático-platónica, para darle a la amistad una profunda versión ética.

El *Lisis* comienza con un ingenioso preludeo en el que se critica la amistad basada en la presunción y en la posesión de bienes. Desde esta idea tradicional de amistad como utilidad se va proyectando la amistad hacia un nuevo horizonte. Según Platón la amistad tiene su fundamento último en una secreta razón de parentesco o familia que hace sintonizar a los amigos: «Así pues, si vosotros sois amigos entre vosotros, es que, en cierto modo, os pertenecéis mutuamente por naturaleza [...]. / Y si, en efecto, muchachos, el uno desea al otro, dije yo, o

2 Platón, *Lisis*, 211d-212a. (Traducción: en Platón, *Diálogos*, Madrid, Gredos, vol. 1, 2.ª reimp., 1985, p. 293).

lo ama, no lo desearía o amaría o querría, si no hubiera una cierta connaturalidad hacia el amado, bien en relación con el alma, con su manera de ser, sus sentimientos, o su aspecto».³ Son muy clarificadoras las advertencias a este respecto de Pedro Laín Entralgo: «No olvidemos, si queremos entender adecuadamente este pormenor del pensamiento platónico, la ambivalencia sexual del *érôs* y la plena vigencia de la homosexualidad viril [...] en la sociedad de la Grecia clásica».⁴

La razón última de la amistad, que Platón establece en esa familiaridad o parentesco natural entre los seres humanos, la denomina en griego *oikeiôsis*. El término es verdaderamente clave en el discurso platónico sobre la amistad. Esto es lo que lleva a Platón a admitir la existencia de la realidad fundamental amistosa, y que sólo se realiza parcialmente en cada una de nuestras concreciones, en cada uno de nuestros amigos. En virtud de esa realidad primordial podemos llamar «amigo» a nuestros amigos concretos. Oigamos al propio Platón: «Pero ¿no será necesario que renunciemos a seguir así y que alcancemos un principio que no tendrá que remontarse a otra amistad, sino que vendrá a ser aquello que es lo primero amado (*prôton philon*) y, por causa de lo cual, decimos que todas las otras cosas son amadas?».⁵ Podemos sintetizar todo el discurso platónico en este diálogo de juventud sobre la amistad recordando que esta es a la vez radical familiaridad natural entre los amigos, deseo y tendencia del alma hacia la perfección del amigo y de uno mismo, y también retorno de ambos a la íntegra y perdida naturaleza originaria. De otro modo: la amistad tiene como meta la perfección de la naturaleza humana en las individuaciones de esa naturaleza que son los amigos. «La teoría platónica de la amistad no es, pues, sino una personal expresión del originario y constitutivo naturalismo del pensamiento griego».⁶ Las insinuaciones platónicas sobre nuestro tema, un tanto asistemáticas, las encontraremos mucho más desarrolladas y sistematizadas en su discípulo Aristóteles.

1.2. La reflexión aristotélica

El tema de la amistad lo afronta Aristóteles, de modo especial, en dos obras: la *Ética Eudemia* (obra de juventud), y la *Ética Nicomáquea* (obra de madurez). (Voy a fijarme en el libro VII de la primera, y en los libros VIII y IX de la segunda).

Ética Eudemia (libro VII). En esta obra encontramos una serie de ideas que luego desarrollará y matizará en la *Ética Nicomáquea*. Espigando tan sólo las sugerencias fundamentales, vamos a recordar los puntos claves. Hablando de la naturaleza de la amistad, escribe Aristóteles: «Consideramos que el amigo es uno de los mayores bienes, y que la carencia de amistades y la soledad es lo más terrible».⁷ Y en un pasaje muy próximo establece: «Un hombre llega a ser amigo cuando, siendo amado, ama a su vez, y esta correspondencia no escapa a ninguno de los dos».⁸ Pasa luego a aclararnos los posibles fundamentos de la amistad, que dan lugar a tres clases distintas: la utilidad, el placer y la virtud: «La amistad fundada en la utilidad es la de los más [...]. La amistad fundada en el placer es propia de los jóvenes [...]. La amistad según la virtud es la amistad de los mejores».⁹ De estas tres especies de amistad, la única auténtica

3 Platón, *Lisis*, 221e-222a (Trad. cit., p. 314).

4 Laín Entralgo, P., *Sobre la amistad*, Madrid, Rev. de Occidente, 1972, p. 23. (Esta interesante obra la tendré muy en cuenta; en ella Laín Entralgo alcanza la perfección de sí mismo).

5 Platón, *Lisis*, 219c. (Trad. cit., p. 309).

6 Laín Entralgo, P., *o. c.*, p. 26.

7 Aristóteles, *Ética Eudemia*, 1234b 30-1235a 2 (Utilizo la traducción castellana, *Ética Nicomáquea*. *Ética Eudemia*, Madrid, Gredos, 1.ª reimp., 1988, p. 491).

8 *Ib.*, 1236a 15 (Trad. cit., p. 496).

9 *Ib.*, 1236a 30, 1236a 35, 1236b. (Trad. cit., p. 497).

o verdadera es la amistad según la virtud. Las demás sólo merecen por analogía el nombre de amistad: «En conclusión, la amistad primera, por la cual se nombran las otras, está basada en la virtud».¹⁰ Insinúa ya en esta obra algo que tratará con detención en la otra *Ética*, el tema de la amistad e igualdad. Termino la alusión a la *Ética Eudemia* con estas interpellantes palabras: «La desgracia pone de manifiesto quienes no son realmente amigos, sino que lo son por alguna utilidad fortuita».¹¹

Ética Nicomáquea (libros VIII y IX): Amor y amistad (*érôs* y *philia*). En el libro IX encontramos unas afirmaciones que, a primera vista, parecen poner en planos muy lejanos, como dos cosas totalmente distintas, el amor y la amistad. El amor tiene su base en el placer visual, y la amistad en la benevolencia. Siendo para los amantes el sentido más precioso la vista; para los amigos, por el contrario, lo preferible a todo es la convivencia. En palabras del propio Aristóteles: «Parece, sin duda, que la benevolencia es el principio de la amistad, así como el placer visual lo es del amor, porque nadie ama si antes no se ha complacido con la forma bella del amado».¹² Sin embargo esta primera impresión nos la disipa el propio autor. En dos ocasiones nos dice expresamente Aristóteles que el amor es una exageración, un grado extremo de la amistad. Ello explica que la amistad puede darse hacia muchas personas, no así el amor. Oigamos al Estagirita: «No es posible ser amigo de muchos con perfecta amistad, como tampoco estar enamorado de muchos al mismo tiempo (pues amar es como un exceso, y esta condición se orienta, por naturaleza, sólo a una persona)».¹³ Unas páginas más adelante repite esta misma idea: «No es posible ser muy amigo de muchos, y, por eso, uno no puede amar a varias personas. El amor, en efecto, tiende a ser una especie de exceso de amistad, y éste puede sentirse sólo hacia una persona».¹⁴ Recoge magistralmente estas ideas P. Laín Entralgo: «El amante es para Aristóteles (si vale decirlo) un amigo que exagera, y a tal razón psicológica habría que referir el hecho de que no puede amarse eróticamente más que a una sola persona. El *érôs* vendría a ser, en suma, una amistad especialmente intensa a la que se añade un componente homo o heterosexual».¹⁵

El de Estagira, centrándose en la naturaleza de la amistad, escribe estas bellas palabras: «La amistad es una virtud o algo acompañado de virtud y, además, es lo más necesario para la vida. En efecto, sin amigos nadie querría vivir, aunque tuviera todos los bienes [...]. Pero la amistad es no sólo necesaria, sino también hermosa».¹⁶

Vuelve el autor sobre lo que ya había insinuado en la otra *Ética* acerca de las distintas especies de amistad: la amistad por interés o utilidad, la amistad por placer y la amistad por virtud. Las dos primeras son imperfectas o inauténticas. Sólo la tercera es auténtica o perfecta. En efecto: «los que se quieren por interés no se quieren por sí mismos, sino en la medida en que pueden obtener algún bien unos de otros. Igualmente ocurre con los que se aman por placer; así, el que se complace con los frívolos no por su carácter, sino porque resultan agradables. Por tanto, los que aman por interés o por placer, lo hacen, respectivamente, por lo que es bueno o complaciente para ellos, y no por el modo de ser del amigo, sino porque les es útil o agradable. Estas amistades lo son, por tanto, por accidente, porque uno es amado no por lo que es, sino por lo que procura, ya sea utilidad, ya placer. Por eso, tales amistades son fáciles

10 *Ib.*, 1238a 30 (Trad. cit., p. 504).

11 *Ib.*, 1238a 20 (Trad. cit., p. 504).

12 Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1167a 3 (Trad. cit., p. 362).

13 *Ib.*, 1158a 10. (Trad. cit., p. 332).

14 *Ib.*, 1171a 10. (Trad. cit., p. 374).

15 Laín Entralgo, P., *o.c.*, p. 28.

16 Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1155a 2,30. (Trad. cit., pp. 322-323).

de disolver, si las partes no continúan en la misma disposición; cuando ya no son útiles o agradables el uno para el otro, dejan de quererse».¹⁷ La reflexión aristotélica se encamina hacia la amistad perfecta o auténtica: «Pero la amistad perfecta es la de los hombres buenos e iguales en virtud; pues, en la medida en que son buenos, de la misma manera quieren el bien el uno del otro, y tales hombres son buenos en sí mismos; y los que quieren el bien de sus amigos por causa de éstos son los mejores amigos, y están así dispuestos a causa de lo que son y no por accidente; de manera que su amistad permanece mientras son buenos, y la virtud es algo estable. Cada uno de ellos es bueno absolutamente y también bueno para el amigo [...] Es natural sin embargo, que tales amistades sean raras, porque pocos hombres existen así. Además, tales amistades requieren tiempo y trato, pues, como dice el refrán, es imposible conocerse unos a otros “antes de haber consumido juntos mucha sal”, ni aceptarse mutuamente y ser amigos, hasta que cada uno se haya mostrado al otro amable y digno de confianza».¹⁸ Dado que para Aristóteles la naturaleza o *physis* de las cosas es lo que desde el fondo mismo de ellas las hace ser lo que son, no otra es la razón fundamental por la que «el amigo virtuoso es deseable, por naturaleza, para el virtuoso, puesto que hemos dicho que lo bueno por naturaleza es para el hombre virtuoso, bueno y agradable por sí mismo».¹⁹ Entre los casos concretos de amistad por *physis* menciona expresamente la amistad entre marido y mujer: «la amistad entre marido y mujer parece existir por naturaleza, pues el hombre tiende más a formar pareja que a ser ciudadano, en cuanto que la casa es anterior y más necesaria que la ciudad».²⁰

Termino estas alusiones al tema de la amistad en el gran filósofo griego con las siguientes apreciaciones de P. Laín Entralgo: «Con Aristóteles llega a su más alta cima intelectual la concepción antigua de la relación amistosa; sin la menor duda, él es el primer gran clásico de la amistad. No pocas de sus ideas acerca de esta correrán como bien común de la humanidad a lo largo de los siglos [...] Pero la visión aristotélica de la amistad no agota por completo lo que sobre el tema podía decir, partiendo de su radical naturalismo, el pensamiento de la Antigüedad Clásica. Más por razones extrínsecas que por méritos intrínsecos, aunque estos no le falten, esa palma de la fama social y literaria va a llevarla hasta hoy mismo el tratadito *De amicitia*, de Cicerón».²¹ En él vamos a detenernos inmediatamente.

2. CICERÓN Y LA AMISTAD

El elocuente y conocido escritor romano Cicerón compuso una obra breve, pero muy sustanciosa, sobre el tema de la amistad, hacia mediados del siglo I antes de Cristo. El título original es *Laelius de amicitia*. Utiliza la forma de diálogo entre un personaje romano, llamado Gayo Lelio y sus dos yernos, Escévola y Fannio. El suegro va narrándoles, a lo largo de la obra, sus concepciones sobre la amistad. Este opúsculo ha tenido una fortuna histórica enorme, pues ha sido leído (y lo es en la actualidad) por multitud de personas. Por ello su influencia en todos los escritos posteriores sobre la amistad es bien patente. Vamos, pues, una vez más, a hacer una breve lectura de esta joya escrita sobre el tema que nos ocupa.

La estructura de la obra es muy sencilla y clara. Está enunciada en las siguientes palabras: «Como haces de ordinario sobre cualquier otro tema que se te consulte, hablemos de la

17 *Ib.*, 1156a 10-20. (Trad. cit., p. 326).

18 *Ib.*, 1156b 5-15, 25-30. (Trad. cit., pp. 327-328).

19 *Ib.*, 1170a 14-15. (Trad. cit., pp. 371-372).

20 *Ib.*, 1162a 18-20. (Trad. cit., p. 345).

21 Laín Entralgo, P., *o. c.*, pp. 32-33.

amistad, diciéndonos qué opinas de ella, cómo la entiendes y qué normas nos aconsejas» (*sic de amicitia disputaris quid sentias, qualem existimes, quae praecepta des*).²² Pero antes de realizar estas preguntas orientativas, había dejado Cicerón sentadas las siguientes advertencias sobre su concepción antropológica: «Porque yo no comparto la opinión de esos filósofos que recientemente han comenzado a sostener que junto con los cuerpos perecen también las almas y que todo acaba con la muerte».²³ Previo al desarrollo de los interrogantes planteados, establece: «Yo sólo puedo exhortaros a anteponer la amistad a todas las cosas humanas; pues nada hay tan conforme a la naturaleza ni tan conveniente en la prosperidad y en la desgracia».²⁴ Las tres preguntas señaladas indican los tres apartados fundamentales del tratado: a) qué es la amistad, b) características de la misma, y c) exigencias de la práctica de la amistad.

a) Naturaleza de la amistad. Propone una definición que ha sido mil veces repetida y comentada: «La amistad en sí no es otra cosa que una consonancia absoluta de pareceres sobre todas las cosas divinas y humanas, unida a una benevolencia y amor recíprocos» (*Est autem amicitia nihil aliud, nisi omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate summa consensio*).²⁵ La benevolencia y el afecto son elementos esenciales de la amistad, por ello afirma: «Precisamente en esto aventaja la amistad al parentesco, en que el afecto puede desaparecer de éste, pero no de aquélla: pues, suprimido el afecto, se destruye la amistad, mientras que el parentesco subsiste».²⁶ Insiste Cicerón en una idea, que ya los griegos repitieron: «sin virtud no hay amistad posible».²⁷ Por eso en otro lugar con la mayor energía señala: «La virtud, no me cansaré de repetirlo [...], es la que concilia y conserva las amistades. Porque en ella se basan la armonía, la estabilidad y la constancia de los sentimientos. Cuando la virtud se descubre y manifiesta su luz, si ve y reconoce el mismo brillo en otro, dirígese hacia él y, al mismo tiempo, recibe su luz en sí; lo cual enciende en ambas partes el amor o la amistad: que de amar tomaron uno y otra el nombre; y amar no es otra cosa que querer al que se ama sin interés y sin buscar ningún provecho; el cual, sin embargo, nace de la amistad como una flor, por muy desinteresado que uno sea».²⁸ Es tal el aprecio hacia la amistad que no duda en afirmar nuestro autor: «El sol parece que quitan del mundo los que de la vida quitan la amistad, que es el don más excelente y más dulce que nos han hecho los dioses».²⁹

b) Características de la amistad. Con bastante concisión señala las características o cualidades de la auténtica amistad, que es la basada en la virtud. Una de tales características se refiere a su origen en el amor, no en la flaqueza o necesidad: «Por eso creo que la amistad procede de la naturaleza más que de la necesidad, más de un impulso del alma, dotada de cierto sentido del amor, que del cálculo de las ventajas que pudiera traer consigo».³⁰ Otro rasgo de la verdadera amistad es la autenticidad y la sinceridad: «En la amistad verdadera nada hay fingido ni engañoso; en ella todo es auténtico y sincero».³¹ Asimismo otra nota de la auténtica amistad es la generosidad: «Porque, así como hacemos beneficios y nos mostramos generosos, no para exigir agradecimiento (pues un bienhechor no es un usurero, sino que por naturaleza

22 Cicerón, M. T., *De amicitia*, Madrid, Gredos, reimp., 1996. (Edición bilingüe. Trad. castellana de Valentín García Yebra), p. 28.

23 *Ib.*, p. 24.

24 *Ib.*, p. 28.

25 *Ib.*, p. 32.

26 *Loc. cit.*

27 *Ib.*, p. 34.

28 *Ib.*, p. 124.

29 *Ib.*, p. 64.

30 *Ib.*, p. 42.

31 *Loc. cit.*

se siente inclinado a la generosidad); así, a nuestro parecer, debe buscarse la amistad, no por esperanza de recompensa, sino porque todo su provecho está en el amor mismo». ³² Por último indica que un rasgo llamativo de la verdadera amistad es el ser imperecedera: «Si las amistades se cimentaran en el interés, al cambiar éste se desharían aquellas, pero, como la naturaleza no puede cambiar, por eso las verdaderas amistades son eternas». ³³

Después de señalar muy brevemente las cualidades de la amistad, pasa a considerar con cierta detención el tercero de los apartados.

c) Exigencias o preceptos para la práctica de la amistad. La *praxis* amistosa requiere una serie de actitudes que el romano Cicerón analiza y presenta con un especial esmero, en dónde se aprecia el talante práctico de los romanos frente al más especulativo de los griegos.

Ante todo hay que abstenerse de pedir a los amigos nada que vaya contra el honor y los intereses del Estado (*contra rem publicam*): «Sea, pues, la primera ley en la amistad no pedir cosas vergonzosas, ni hacerlas, si se nos piden». ³⁴ En otro lugar insiste en este mismo precepto: «Sea, pues, la primera ley de la amistad: que lo que se pida a los amigos sea honroso». ³⁵ No debe buscarse la amistad por utilidad, sino por beneficencia: «Por consiguiente, la amistad no es hija de la utilidad, sino su madre». ³⁶ En la amistad se ha de evitar el cálculo: «Más rica y más espléndida juzgo yo la verdadera amistad, que no se para a mirar con tacañería si da más de lo que ha recibido». ³⁷ No precipitarse en la entrega de la amistad propia. Cicerón reprocha que «en todo fuesen los hombres más diligentes, hasta el punto de poder decir con exactitud el número de sus cabras y ovejas, pero no el de sus amigos; y de que, al comprar aquéllas, pusieran gran cuidado, y, en cambio al elegir amigos, fuesen muy negligentes, y ni siquiera tratasen de conocer por alguna especie de señal o contraste cuáles eran buenos para amigos». ³⁸ Se ha de ser benefactor y agradecido con los amigos, pero no para pedir tributo: «Odiosa, por cierto, esa clase de personas que echa en cara sus favores; los cuales debe tener en la memoria aquel a quien se han hecho, pero no andarlo recordando el que los hizo». ³⁹ Da también unos prudentes consejos en caso de ruptura de una amistad: «Semejantes amistades deben irse aflojando poco a poco y, como decía Catón, más bien se debe descoser que rasgar [...]. Porque nada hay más vergonzoso que hacer la guerra a aquel con quien se ha vivido amistosamente». ⁴⁰ Con el amigo siempre ha de haber confianza y amor pero también respeto: «Porque desterrar el respeto de la amistad, es privarla de sus mejores galas». ⁴¹ Un consejo que repite con insistencia es juzgar antes de amar y no viceversa: «Por lo cual (no me cansaré de repetirlo), se debe amar después de haberlo pensado, y no aguardar a pensarlo después de haber amado». ⁴² El cultivo de la amistad es algo totalmente necesario: «Y es que la naturaleza huye de la soledad, y siempre busca algo así como un arrimo: el cual es tanto más dulce cuanto más amigo es quien lo proporciona». ⁴³ Una señal de verdadera amistad es la verdad: «No existe, pues, amistad verdadera cuando uno no

32 *Ib.*, p. 48.

33 *Ib.*, p. 50.

34 *Ib.*, p. 58.

35 *Ib.*, p. 62.

36 *Ib.*, p. 70.

37 *Ib.*, p. 76.

38 *Ib.*, p. 82.

39 *Ib.*, p. 92.

40 *Ib.*, p. 98.

41 *Ib.*, p. 104.

42 *Ib.*, p. 106.

43 *Ib.*, p. 110.

quiere que se le diga la verdad y el otro está dispuesto a mentir».⁴⁴ Hemos de cuidar la amistad como a una criatura frágil: «Mas, como las cosas humanas son frágiles y caducas, siempre tenemos que buscar algunos a quienes amemos y por quienes seamos amados. Porque, sin amor y sin cariño, la vida pierde todos sus encantos».⁴⁵ Concluye Cicerón esta bellísima obra sobre la amistad con la siguiente exhortación: «Esto es lo que se me ha ocurrido acerca de la amistad. Sólo me queda exhortaros a que estiméis en tanto la virtud, sin la cual no hay amistad posible, que, fuera de ella, no encontréis nada preferible a la amistad».⁴⁶

En todo este discurso he dejado, en lo posible, hablar al propio Cicerón, no en vano es uno de los más brillantes oradores romanos.

Una vez más recojo unas acertadísimas apreciaciones de P. Laín Entralgo: «Cicerón clausura brillantemente la copiosa reflexión antigua acerca de la amistad; en definitiva, la visión de esta como un acto y un hábito de la naturaleza humana (por tanto, de la naturaleza universal) que la perfecciona social y éticamente [...] Pero ni la historia de Occidente acabó con Roma, ni la noción de la *philantrôpia*, del amor al hombre en tanto que hombre, iba a quedar en lo que acerca de ella pensaron los griegos antiguos, y con ellos Cicerón. Un siglo después de la muerte de este, algunos hombres oscuros procedentes de Palestina recorrerán las ciudades del Imperio Romano proclamando que la realidad del hombre es algo más alto y mucho más digno que la *physis* y la *natura* de que habían hablado los pensadores de la Antigüedad clásica. Se llamaban a sí mismos “cristianos”».⁴⁷

3. EL CRISTIANISMO Y LA AMISTAD

El Cristianismo primitivo surge en el ámbito de la cultura helenístico-romana, pero supone unas novedades que trataré de subrayar brevemente. En este sentido escribe San Pablo: «De modo que el que está en Cristo es una criatura nueva: lo viejo ya pasó y apareció lo nuevo».⁴⁸ Las novedades que aporta el Cristianismo van a tener unas claras resonancias en el tema del amor y de la amistad. Utilizará el Cristianismo un término griego muy significativo para expresar el amor, el término *agápê*: «Para entender esta inédita concepción del amor, y por consecuencia de la amistad, es preciso considerar antes las novedades cristianas tocantes a los tres principales órdenes de la realidad (sea o no cristiano quien con ella se enfrenta): Dios, el mundo y el hombre».⁴⁹ Por supuesto que las novedades que el cristianismo aporta no son de origen filosófico, pero van a tener una repercusión clara en la historia de la filosofía posterior.

Novedades en torno a la idea de Dios. Tanto en relación con la visión griega como con la romana, la concepción cristiana de Dios (mejor judaico-cristiana) supone una novedad absoluta: Dios es una realidad personal, espiritual, trascendente al mundo y que es el origen primero de todo lo no divino, por creación de la nada. Por otra parte es uno y trino, y se ha hecho hombre en una de las personas de la trinidad, para redimir al género humano. Dios es el único *ens a se*, eterno, necesario.

44 *Ib.*, pp. 121-122.

45 *Ib.*, p. 126.

46 *Ib.*, p. 130.

47 Laín Entralgo, P., *o. c.*, pp. 49-50.

48 II Cor. 5, 17 (Cfr. Rom. 6, 4; Colos., 3, 10; Ef., 4, 24).

49 Laín Entralgo, P., *o. c.*, p. 51.

Novedades en torno a la concepción del mundo. Frente a la concepción griega, afirmará el cristianismo que el mundo ha sido creado por Dios de la nada, voluntaria y libremente. Tiene un principio y tendrá un final. Es un *ens ab alio*, temporal, contingente.

Novedades en torno a la idea del hombre. Más que un ser natural, vivo y que tiene loges, el hombre es un ser personal, hecho a imagen y semejanza de Dios, espiritual e inmortal. Su destino y la realización de su vida dependen de su libre decisión.

De todas formas la vivencia humana de la amistad, está especialmente relacionada con la novedosa concepción del amor como *agápê*, como caridad. El amor cristiano, el *agápê*, es el amor al prójimo, a cualquier ser humano, sin exclusión. Un ejemplo bíblico recoge la visión cristiana del amor.⁵⁰ El buen samaritano encuentra a un herido abandonado, necesitado. A él le dedica generoso su cuidado, su atención. Todo necesitado es el prójimo. Por eso el mismo Cristo establece: «Yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen».⁵¹ Entre las novedades del amor cristiano está la exigencia de no excluir a nadie, amigo o enemigo.

Todas esas peculiaridades serán recogidas por los pensadores cristianos, pero estos también tendrán en cuenta las aportaciones del pensamiento greco-romano, así surgirá el pensamiento patristico y medieval, dentro del cual aparecerá el tema de la amistad. Vamos a ver telegráficamente algunas apreciaciones de dos grandes Padres de la Iglesia, San Jerónimo y San Agustín, para detenernos, a continuación, en un autor del siglo XII, que trata monográficamente el tema de la amistad: Aelred de Rievaulx (*Aelredus Rievallensis*).

3.1. San Jerónimo (347-419)

Expone en una famosa carta a Rufino de Aquilea interesantes consideraciones sobre la amistad. Cuando escribe Jerónimo esta carta a Rufino, eran íntimos amigos (en el verano del año 375). Pero un tiempo después, Rufino será pesadilla de sus últimos años y proyectará indudablemente una sombra sobre su vida en la famosa contienda teológica del origenismo. No obstante, cuando escribe la carta, la amistad profunda que les une le hace decir cosas muy hermosas sobre la amistad. Jerónimo se entera de que su amigo Rufino transitaba por cerca de donde él vivía, y le escribe: «¡Oh, si en este momento tuviera a bien el Señor Jesucristo trasladarme repentinamente a tu lado! [...] ¡Con qué abrazos me estrecharía a tu cuello, qué besos imprimiría en aquella boca que en otro tiempo erró conmigo o conmigo fue discreta! Pero no merezco esa dicha, y, por otra parte, mi corpezuelo, que aún sano, es débil, se halla ahora quebrantado por frecuentes dolencias. Por eso te mando en lugar mío esta carta, que te salga al encuentro y, atado con el vínculo del amor, te traiga aquí hasta mí».⁵² Aclara por qué, enterado de su paso por cerca, no puede él acudir al encuentro del amigo: «Y de no haberme atado con una traba a los pies las extremadas fuerzas de mi cuerpo, ni el calor de esta mitad del verano ni el mar siempre inseguro para los navegantes hubieran sido parte para impedirme marchar a tu encuentro con piadoso paso acelerado. Créeme, hermano: deseaba verte con las mismas ansias que mira hacia el puerto el marino traído y llevado por la tormenta, como echan de menos los sedientos sembrados la lluvia, como sentada junto a la sinuosa orilla espera ansiosa la madre al hijo».⁵³ Con más viveza no puede expresarse el vacío y la nostalgia del amigo ausente. Dicho en positivo, una de las exigencias de la amistad es la presencia y convivencia con los amigos.

50 Cfr. Luc. 10, 30-37.

51 Mat. 5, 44.

52 San Jerónimo, *Cartas*, BAC (Edición bilingüe), Madrid, 1962, p. 43.

53 *Ib.*, p. 44.

Otros rasgos de la vivencia amistosa aparecen claramente expresados: en primer lugar, saber sufrir con los que sufren y alegrarse con los que se alegran. Le dice Jerónimo a un amigo sobre una grata noticia: «Te la voy a comunicar para que, si no la sabes, te enteres, y si la sabías, nos alegremos juntos».⁵⁴ Por otra parte, hablando del intenso dolor por la pérdida de un entrañable amigo, escribe: «Perdí uno de mis dos ojos, pues una ardiente fiebre repentina me arrebató a Inocencio, parte que era de mi alma».⁵⁵

Esta bella carta finaliza con las siguientes palabras: «Acaso me he alargado más de lo que consiente la brevedad de una carta [...]. Pues volviendo al punto de mi digresión, yo te ruego que mi alma no pierda juntamente con los ojos al amigo que por mucho tiempo se busca, apenas si se halla y con dificultad se conserva».⁵⁶ Se subraya expresamente la amistad como tarea y conquista, no como don de la naturaleza. Su conservación supone vigilancia y esmero. Y el broche de oro lo constituyen las últimas líneas: «La amistad no puede comprarse, el amor no tiene precio. La amistad que puede cesar es que no fue jamás verdadera» (*caritas non potest comparari; dilectio pretium non habet; amicitia quae desinere potest, vera numquam fuit*).⁵⁷

3.2. San Agustín (354-430)

Es uno de los máximos pensadores y escritores de la Patrística Latina. Su pensamiento destila experiencias personales. No es un autor sistemático, pero sí sugerente y de una riqueza inmensa. No tiene un tratado monográfico sobre nuestro tema, pero las alusiones a la amistad son frecuentes y la describe con una energía y fuerza inigualables. Tan sólo recojo, a título de ejemplo, unas brevísimas pinceladas. En una de sus obras magnas, *La ciudad de Dios*, escribe sobre lo gratificante que resulta la amistad auténtica: «¿Qué cosa hay que nos pueda consolar en esta sociedad humana tan llena de errores y trabajos, si no es la fe no fingida y el amor que se profesan unos a otros los verdaderos amigos?».⁵⁸ Más vehemente y personal es la descripción del afecto amistoso y del dolor inmenso que trae consigo la pérdida de un verdadero amigo, según nos lo narra en las *Confesiones*, cuando recuerda la muerte de un joven de Tagaste, su íntimo amigo: «Maravillábame que viviesen los demás mortales por haber muerto aquel a quien yo había amado, como si nunca hubiera de morir; y más me maravillaba aún de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él [...]. Me abrasaba, suspiraba, lloraba, me turbaba y no hallaba descanso ni consejo. Llevaba el alma rota y ensangrentada, impaciente de ser llevada por mí, y no hallaba donde ponerla. No descansaba en los bosques amenos, ni en los juegos y cantos, ni en los lugares olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho y del hogar, ni, finalmente, en los libros ni en los versos. Todo me causaba horror, hasta la misma luz; y cuanto no era lo que él era me resultaba insoportable y odioso, fuera de gemir y llorar; pues sólo en esto hallaba algún descanso».⁵⁹ Sobre este texto, comenta Laín Entralgo: «No sé si en toda la literatura universal hay un párrafo en que de manera tan encendida y plástica sea descrito el dolor por la muerte del amigo».⁶⁰

54 *Ib.*, p. 45.

55 *Loc. cit.*

56 *Ib.*, p. 48.

57 *Loc. cit.*

58 San Agustín, «La ciudad de Dios», libro XIX, cap. 8., en *Obras de San Agustín*, vol. XVII, Madrid, BAC, 1965, p. 476).

59 San Agustín, «Confesiones», libro IV, caps. VI y VII, en *Obras de San Agustín*, vol. II, Madrid, BAC, 1946, p. 441.

60 Laín Entralgo, *P., o. c.*, p. 67.

Dando un salto cronológico importante, nos situamos en la segunda mitad del siglo XII, y nos encontramos con la interesante obra sobre nuestro tema, *De amicitia*, del cisterciense inglés Aelred de Rievaulx, cuyo análisis constituye la meta del presente trabajo.

4. LA AMISTAD SEGÚN AELRED DE RIEVAULX (*AELREDUS RIEVALLENSIS*)

Este autor, poco conocido, nació a comienzos del siglo XII en los confines de Inglaterra y Escocia, en el seno de una distinguida familia sajona. En 1133 ingresó como novicio en la abadía cisterciense de Rievaulx, junto a York, de la cual fue abad desde 1147 hasta su muerte en 1167. Escribió varias obras, de las que tan sólo nos interesa ahora *De amicitia* (Sobre la amistad).⁶¹ La obra tiene forma dialogada, y consta de tres apartados, estructurada en 28 capítulos, el primero constituye el prólogo de la obra, y el último es el epílogo.

En el prólogo expone las razones que le llevaron a escribir sobre el tema. Expresamente manifiesta que las principales motivaciones fueron la impetuosidad e indiscreción de sus amistades juveniles y la lectura del *De amicitia* de Cicerón, que le produjo un gran impacto. Después, al entrar en religión, la lectura de la Biblia le llevará a tratar de armonizar a Cicerón y el Libro Sagrado. En los tres apartados de la obra analizará sucesivamente lo que es la amistad y su origen, en el primero; en el segundo, presenta las excelencias y ventajas de la relación amistosa; y en el tercero, entre quienes puede darse la amistad y cómo ha de conservarse. Como se observa, mantiene y sigue, fundamentalmente, la estructura del tratado ciceroniano, al que tiene muy en cuenta a lo largo de toda la obra, en la que el autor deja patente su gran formación. Pero no ha de sorprendernos, pues estamos en la segunda mitad del siglo XII y, a lo largo de este siglo del medievo, el nivel cultural y humanístico ha llegado a cotas muy interesantes. Recordemos a figuras tan señeras del humanismo del siglo XII, como Pedro Abelardo y, en el propio país de Aelred, a Adelardo de Bath y Juan de Salisbury.

Cicerón no puede ser suficiente para un cristiano a pesar de las maravillas que dijo sobre la amistad, porque no ha conocido a Cristo y, para Aelred, la única amistad plena es la que nace en Jesucristo, se desarrolla según su mensaje, y en Cristo alcanza la perfección. Incluso su interlocutor llega a afirmar que entre aquellos que no están en Cristo no parece ser posible la amistad. Aelred no comparte esta drástica postura, que rechaza expresamente.

Primer apartado. En los primeros capítulos del tratado se habla de la *naturaleza* y del *origen* de la amistad. Considera válida la definición de Cicerón, que recuerda expresamente: «La amistad es un acuerdo en las cosas humanas y divinas, acompañado de benevolencia y caridad» (*Amicitia est rerum humanarum et divinarum cum benevolentia et charitate consensio*).⁶² Para aclarar la naturaleza de la amistad, parte de la consideración etimológica: amigo proviene de amor y de amigo se deriva amistad. «El amor es un afecto del alma racional, en virtud del cual esta busca algo con deseo, lo apetece para su fruición, goza de ello con

61 J. P. Migne la recoge en el tomo 40 de la *Patrologia Latina* (con obras de San Agustín), con el título *De amicitia*, Cols. 831-844. En la propia advertencia editorial se nos dice que esta edición no recoge íntegra, ni con fidelidad la obra original. Por eso hay que usarla con muchas precauciones. Una edición realmente fiable de la obra es la que presenta y analiza P. Laín Entralgo, en su obra sobre la amistad: J. Dubois, *Aelred de Rievaulx, L'amitié spirituelle*, Bruges-Paris, Editions Charles Beyaert, 1948 (Cfr. P. Laín Entralgo, *o. c.*, p. 68, nota 2). Otra buena edición (en-línea): en <<http://www.thelatinlibrary.com/aelredus.html>> [25-9-2012]. Por comodidad las citas serán de PL, pero siempre cotejadas (y, en su caso, corregidas) según una edición fiable.

62 PL, 40, 832. Comparada con la definición auténtica de Cicerón recoge lo sustancial, pero omite alguna palabra, lo cual indica que la cita de memoria.

dulzura interior y lo abraza para conservarlo como suyo». ⁶³ Por lo cual «el amigo es algo así como el guardián del amor y del alma» (*amicus quasi amoris vel ipsius animi custos dicitur*). ⁶⁴ El amigo en efecto, debe guardar con fidelidad los secretos del amigo, soportar y corregir sus defectos, compartir las alegrías y penas, y debe sentir como propio lo que atañe al otro. «La amistad, pues, es una virtud que une a los amigos mediante una alianza con tal dulzura y dilección, que hace que muchos sean uno» (*ut unum fiat de pluribus*). ⁶⁵ Más aún, la amistad es una virtud eterna, no un sentimiento fortuito y efímero. Por ello recuerda la afirmación de San Jerónimo sobre lo imperecedero de la verdadera amistad. ⁶⁶ Aclara que no es lo mismo la caridad y la amistad. La primera exige, por precepto divino, amar a todos los hombres (amigos y enemigos); la amistad, en cambio, pide que sean unos pocos aquellos a quienes confiamos los secretos de nuestro corazón y, del mismo modo, ellos hacia nosotros se ven unidos con la misma confianza y seguridad. ⁶⁷

Especies de amistad. Distingue nuestro autor tres especies de amistad: la carnal (*carnalis*), la mundanal (*mundialis*) y la espiritual (*spiritualis*). ⁶⁸ La amistad carnal viene a ser un consentimiento en cosas viciosas, su fin es la común fruición de un placer. Es una amistad que «con la misma facilidad con que surge también se termina» (*eadem levitate resolvitur, qua contrahitur*). ⁶⁹ La amistad mundanal está orientada hacia la común utilidad de los que entre sí son amigos. Surge por el deseo de los bienes materiales, y «siempre está rodeada de fraude y engaño» (*semper est plena fraudis atque fallaciae*). ⁷⁰ Es sumamente frágil también. La amistad espiritual es la única que merece el nombre de *amistad*, pues «sólo ella procede de la dignidad misma de la naturaleza humana y de las más íntimas apetencias del corazón del hombre» (*humani pectoris sensu desideratur*). Su fruto y recompensa están en ella misma, nace entre los hombres de bien, semejantes en sus aficiones, y es la que se ajusta a las cuatro virtudes cardinales: «la prudencia dirige esta amistad, la justicia la gobierna, la fortaleza la custodia, y la templanza la mantiene en los justos límites» (*Hanc nempe amicitiam prudentia dirigit, iustitia regit, fortitudo custodit, temperantia moderatur*). ⁷¹

Origen y desarrollo de la verdadera amistad. Hay que tener en cuenta tres instancias: «Ante todo la propia naturaleza humana, también la experiencia y la ley. La amistad se funda en la propia naturaleza humana, que está dotada de una tendencia natural al afecto. Por otra parte es robustecida por la experiencia, la praxis, y queda al fin ordenada por la ley. Dios ha querido que en todas las criaturas haya una tendencia hacia la unidad y hacia la paz. Por ello el hombre por naturaleza tiende al amor y a la amistad, y a ello es atraído por cierta dulzura y suavidad» (*Amicitiae, ut mihi videtur, primum ipsa natura humanis mentibus impressit affectum, deinde experientia auxit, postremo legis auctoritas ordinavit. Deus enim summe potens et summe bonus, sibi ipsi sufficiens bonum est. Voluit autem, nam et ita ratio eius aeterna prescripsit, ut omnes creaturas suas pax componeret, et uniret societas. Ita natura mentibus humanis, ab ipso exordio amicitiae et caritatis impressit affectum, quem interior mox sensus amandi quodam gustu suavitatis adauxit*). ⁷² Esta tendencia, cuando el hombre

63 *Loc. cit.*, («Ab amore [...] amicus dicitur; ab amico amicitia»).

64 *Loc. cit.*

65 *Loc. cit.*

66 Cfr., PL, 40, 832-833.

67 Cfr., PL, 40, 833.

68 *Loc. cit.*

69 PL, 40, 834.

70 *Loc. cit.*

71 *Loc. cit.*

72 *Loc. cit.*

pudo manifestarse sin trabas (por tanto, antes del pecado en el Paraíso terrenal), se realizó como una perfecta fusión de la amistad y la caridad; mejor aún, como la completa identidad entre ellas. El primer pecado trajo al género humano como consecuencia que una y otra fueran entre sí distintas, y redujo la amistad a ser un vínculo sólo existente entre los hombres buenos y necesitados de cierta defensa frente a los que no lo son. Ahora bien, incluso en aquellos que la impiedad ha borrado todo sentido de la virtud, perdura la inteligencia, y con ella una propensión del alma a la amistad y a las relaciones sociales (*Verum his in quibus omnem virtutis sensum obliteravit impietas, ratio quae in eis exstingui non potuit, ipsum amicitiae et societatis affectum non reliquit*). En efecto, privados de compañeros, ni el avaro goza de su riqueza, ni el ambicioso de su gloria, ni el lujurioso de su placer. Tal sería el origen de las amistades carnales y mundanas, y no otra la causa de que la ley tenga que distinguir y proteger de ellas la amistad verdadera.⁷³

En el *apartado segundo* expone Aelred los *frutos y límites* de la amistad. Con especial entusiasmo nos habla de los frutos de la relación amistosa. Hace superar uno de los peores males, el aislamiento, pues el amigo es un confidente fiel, y nos ayuda en toda clase de infortunio: en la pobreza, en la enfermedad, incluso en la muerte. Pero la auténtica amistad es algo todavía más valioso: nos prepara y ayuda para lo más importante, la amistad con Dios. Como en la caridad, en la amistad verdadera todo es santo y genuino, pero en la amistad, por añadidura, todo es gozoso y dulce. En una palabra, ayuda en la prosperidad y hace superar la adversidad (*adversa temperat, componit prospera*).⁷⁴ Llega a exclamar Aelred: «En lo humano no se puede apetecer nada más santo, no se puede buscar nada más valioso, no se puede encontrar nada más difícil, no se puede tener una vivencia más dulce ni más fecunda» (*in rebus humanis nihil sanctius appetatur, nihil quaeratur utilius, nihil difficilius inveniatur, nihil experiatur dulcius, nihil fructuosius teneatur*).⁷⁵ Hablar con un amigo con toda confianza, da seguridad en el vida, produce una satisfacción inmensa. Es la mejor medicina para todos los males (*Non enim validior vel efficacior est vulneribus nostris medicina*).⁷⁶

En cuanto a los *límites* de la amistad, después de recordar distintas opiniones, expone la suya propia. El monje inglés recuerda que Cristo dijo que uno debe hallarse dispuesto a morir por quienes ama. Pero también son capaces de hacer esto los malvados, entre los cuales ya sabemos que no existe la verdadera amistad. La amistad no puede justificar jamás la inmoralidad, la transgresión del deber. El mal, cualquiera que sea su figura, no puede nunca ser legitimado por la amistad. Por ello si incluso puede llegar el caso de dar la vida corporal por un amigo, hay que negarle con decisión (aunque también con delicadeza) todo lo que comprometa la vida del alma. Podemos resumir con nuestro autor: «Esta es, pues, la ley que debe regir en la amistad, que sólo le pidamos a los amigos cosas honestas, y que hagamos por ellos esto mismo, y no esperemos que nos pidan algo; la despreocupación o lentitud esté ausente, reine siempre la prontitud y el esfuerzo» (*Haec lex, ait quidam, in amicitia sancitur, ut ab amicis honesta petamus, et pro amicis honesta faciamus, nec expectemus ut rogemur; cunctatio semper absit, studium semper assit*).⁷⁷

Tercera apartado: reglas sobre la práctica de la amistad. En la tercera parte de la obra Aelred habla, con cierta detención, sobre las normas a tener en cuenta para el cultivo y con-

73 Estas apreciaciones, que faltan en PL de J. P. Migne, pueden verse en <<http://www.thelatinlibrary.com/aelredus.html>> [25-9-2012], caput IV.

74 PL, 40, 834.

75 *Loc. cit.*

76 PL, 40, 35.

77 PL, 40, 841.

servación de la amistad. Aunque no voy a entrar en pormenores, recuerdo, a título de ejemplo, las curiosas apreciaciones de nuestro monje sobre el beso (*osculum*). «Hay un beso carnal, el de los labios del cuerpo, que no hay que exhibir a no ser en ciertos momentos y en causas honestas (*Est osculum corporale, quod impressione fit labiorum, quod non est ostendendum, nisi certis et honestis causis*). También el beso espiritual (*osculum spirituale*), que es el propio de los amigos, de aquellos a quienes une la ley de la amistad. No se realiza con los labios, sino con el afecto del alma, no con la unión de los labios, sino con la fusión de los espíritus (*Non enim fit oris attactu, sed mentis affectu; non conjunctione labiorum, sed commixtione spirituum*) [...] El beso intelectual (*osculum intellectuale*), propio de alma embargada por la amistad [...] Ya dominados todos los afectos terrenos, y calmados los pensamientos y deseos mundanos, nos conforta el sublime beso y unión con Cristo (*osculum intellectuale [...], jam terrenis affectibus mitigatis, et omnibus quae de mundo sunt cogitationibus desiderisque sopitis, in solius Christi delectatur osculo*)».⁷⁸

Pero, prescindiendo de pormenores, veamos ahora las normas a tener en cuenta para el cultivo de la amistad. Giran en torno a cuatro apartados: la elección de amigos, admisión de la relación amistosa, comprobación de la amistad, y su ejercicio efectivo. En cuanto a la elección de los amigos y la admisión de la relación amistosa establece que deben elegirse los que tienen costumbres semejantes, y sintonicen con nuestro modo de ser, pues entre quienes tienen caracteres totalmente distintos no cabe la amistad. Entre los defectos incompatibles con la relación amistosa destaca la cólera exacerbada (*iracundiae furor*).⁷⁹ Para que la amistad sea firme, duradera, nunca debemos de precipitarnos en concederla, porque nos exponemos a establecerla en falso. Solamente son dignos de amistad quienes dan pruebas de merecerla (*Digni sunt amicitia, quibus inest causa cur diligentur*).⁸⁰ Si por alguna razón ha de disolverse la amistad, entonces nos aconseja con Cicerón que procuremos descoser, no desgarrar. Es decir, no romper violentamente, sino más bien hacerlo con suavidad, abandonando poco a poco a quien no es digno de la amistad (*Et si impossibe est, non statim rumpenda est amicitia, sed dissuenda*).⁸¹ Cuando rompemos con un amigo, siempre queda algo de amor (*si talis fuerit ut amicitia retrahatur, nunquam tamen subtrahatur dilectio*).⁸² Entre las causas que pueden dar lugar a la ruptura de la amistad, señala: el insulto, el ultraje, la soberbia, la revelación de los secretos, la traición y el daño causado a un amigo común.

Comprobación de la amistad. Apunta cuatro datos a tener en cuenta: la fidelidad, la intención, la discreción, y la paciencia (*Quatuor probanda sunt in amico: fides, intentio, discretio, patientia*).⁸³ Nada hay más sublime en la amistad que la fidelidad, es la que la alimenta y la guarda. Debe darse tanto en la adversidad, como en la prosperidad, pero sobre todo, se prueban los auténticos amigos en las situaciones adversas (*Ipsa tamen fides in prosperis latet, sed eminet in adversis*).⁸⁴ En cuanto a la intención, será aceptable cuando el amigo dé muestras de no perseguir ventajas materiales, por esa razón nos dice que la relación amistosa es en principio de más garantía entre los pobres que entre los ricos. En este contexto cita a San Jerónimo, según el cual la amistad no es un comercio, sino plenamente graciosa y hermosa

78 PL, 40, 835-836.

79 PL, 40, 839.

80 *Loc. cit.*

81 PL, 40, 839.

82 *Loc. cit.*

83 PL, 40, 839-840.

84 PL, 40, 840.

(*non debet esse mercenaria, sed gratuita*).⁸⁵ La *discreción*, o el buen juicio es otro termómetro certero para comprobar una amistad auténtica. En efecto, si al que eliges como amigo no es prudente y discreto no tendrás más que problemas con él. El que carece de discreción es como una nave a la deriva sin piloto y sin rumbo (*si quis sine discretione fuerit, sicut navis, absque gubernaculo pro impetu suo instabili motu semper feretur*).⁸⁶ La *paciencia*, por último, es sumamente necesaria, por ello se ha de comprobar en el posible amigo, pues sin ella no perdura la amistad. Aquel que ante el más mínimo inconveniente no sabe soportarlo y disculpar, no es digno de una amistad estable. La auténtica medida del amigo ha de ser la benevolencia. Una vez comprobadas estas cuatro cualidades, no dudemos en la entrega generosa de la amistad (*se totum det et committat amico*),⁸⁷ en ella la relación amistosa se hace auténtica y gustosa intimidad.

Habla, por último, de una serie de normas que son necesarias para la conservación y la práctica de la relación amistosa. También en este apartado se inspira en el opúsculo de Cicerón. Establece que la lealtad, la sencillez y la comunicación sincera harán firme y agradable la amistad. Entre los obstáculos a evitar, señala, ante todo, la sospecha (el ser suspicaz), que la considera mortal de necesidad para la amistad (*Prae omnibus cavenda est suspicio, quae est amicitiae venenum*).⁸⁸ Con un detenimiento especial nos habla nuestro monje de la igualdad, absolutamente esencial para la relación de amigos. Si alguien es superior a su amigo en algún orden (talento, fortuna, poder) tanto más se esforzará en ponerse al nivel del inferior, para merecer sin reservas su confianza. En efecto, «no puede haber una correcta amistad, donde no se cultiva la igualdad» (*non enim amicitia recte colitur, a quibus aequalitas non servatur*).⁸⁹ En una palabra, la amistad o surge entre iguales, o acaba haciendo iguales. Por último, con energía rechaza la adulación como la peor peste para la amistad. Es decir, cuando haya que corregir al amigo se ha de hacer con sinceridad y verdad (*non adulatorie, non simulatorie, sed vere*).⁹⁰ Las palabras que sirven de punto final a la obra de Aelred nos introducen, una vez más, en el ámbito cristiano en que se mueve: «El fruto de la verdadera amistad [la amistad espiritual] es que del santo amor con que nos unimos al amigo, pasemos al amor que nos une a Cristo».⁹¹

CONSIDERACIÓN FINAL

El escrito que hemos presentado de Aelred, como meta del recorrido propuesto al inicio de este trabajo sobre amistad y filosofía, constituye un intento deliberado de combinar la Biblia y Cicerón. El autor hay que encuadrarlo, como queda dicho, entre los humanistas cristianos del siglo XII. Utiliza ampliamente a Cicerón, y a través del romano toma multitud de ideas de la tradición clásica griega. Es lo que nos llevó a los análisis realizados al principio de este artículo.

Unas pinceladas de P. Laín Entralgo son muy aclaratorias acerca del significado histórico de la obra del cisterciense inglés: «Desde las constituciones monásticas de San Basilio [...],

85 *Loc. cit.*

86 *Loc. cit.*

87 *Loc. cit.*

88 PL, 40, 841.

89 *Loc. cit.*

90 PL, 40, 842.

91 PL, 40, 844.

pasando por la *Imitación de Cristo*, viene corriendo por la ascética cristiana [...] la vena de una actitud recelosa frente a la amistad humana. Aelred representa el polo opuesto de esa actitud. Como a San Agustín se le ha llamado “el doctor de la gracia”, y a San Bernardo “el doctor del amor” ¿habrá entonces que llamar al Abad de Rievaulx, siguiendo la propuesta de Dubois, “el doctor de la amistad”?». ⁹²

César Raña Dafonte
cesar.rana@usc.es

Enviado: 1 de octubre de 2012
Aceptado: 12 de octubre de 2012

92 Laín Entralgo, P., *o. c.*, p. 79.

Durante la elaboración de este trabajo, en que recojo unos ejemplos de reflexión teórica sobre el tema *amistad y filosofía*, han estado siempre presentes en mi mente la amistad y la filosofía como vivencias personales. Precisamente en este ámbito, Jorge Ayala, el destinatario del estudio, es un ejemplo de filósofo y amigo. Generosamente ha enseñado filosofía durante muchos años, también con generosidad ha brindado y brinda amistad. Me considero un privilegiado al compartir una profesión semejante y, gracias a él, comprobar que un buen amigo es el mejor tesoro y que la verdadera amistad es el gran remedio para la vida.